



Para Ani.

pumpin, los muebles sur.

Vienes volando en el antropoceno de Valparaíso

Valparaíso borrona la vida que viene en el planeta.

Fuimos una ciudad globalizada precozmente, arrasada por las tormentas políticas y tecnológicas de los últimos 50 años. Esas razones del éxito pasado, nos hacen anticipar el mundo del antropoceno.

La ciudad dibujada por Lukas, filmada por Aldo Francia, escrita por Gonzalo Rojas, Benjamin Subercaseaux, Joaquín Edwards Bello, sufre las penalidades de los adultos mayores: pasajes baratos, discriminación sistemática, soledad con vista al mar, las imposibilidades de llevar frutas y verduras frescas cerro arriba o de conseguir inhibidores de la ECA cerro abajo. Y las dificultades de una adolescencia prolongada: riesgos, tristezas, velocidades varias.

Sus intelectuales siguen pensando en la ciudad puerto, que despertó a fines de la colonia y que vivió el siglo XIX con una fuerza industrialista. Esa gran terraformación que fue el canal de Panamá, nos desglobalizó y vagamos sin rumbo. El puerto cuprífero de San Antonio y la intervención de la desembocadura del río Maipo, ha terminado por desplazar incluso la actividad portuaria de la ciudad.

Como se agotó el período renacencista del puerto

Tendencias que sin embargo no eran así de notorias en los 60.

Si los 50/60 fueron un período culturalmente excepcional en la historia de Chile, ese verdadero renacimiento al puerto dió gran aliento y señaló un rumbo. No es extraño que fueran los tiempos de la revista médica de Valparaíso, los institutos de cultura, las flores de

El nacimiento de la facultad de medicina como iniciativa local, la reforma universitaria en la católica, el festival de cine, la revista primer plano, la carrera de cine. Peñas universitarias, rock and roll. Axón de jibia y potenciales de membrana en Montemar Av Borgoño a pocos metros del Cura Nurín, en que Stafford Beer hablaba con Herman Schwember, Gui Bonsiepe, Fernando Flores. En los lobos marinos, marineros que dijeron que no. En la Cybersyn, marinos que dijeron si. Por esas mismas razones el 11 de septiembre amaneció en Valparaíso y el cadáver de Allende vino a Santa Inés a la tumba de los grove. Los habitantes de Ventanas fueron de los primeros en enterarse de la llegada del antropoceno y un silencioso Jaime Chiang tomó muestras de suelo y las procesó en su laboratorio.

El renacimiento se agotó y porteños todos anticipamos la incompetencia de los servicios estatales, la corrupción de la política, la pérdida de la vida asociativa y urbana, el desempleo a manos de la técnica, el ocaso de las librerías, cines, teatros, universidades, bibliotecas, revistas.

El renacimiento de los 60 pasó velozmente a la trastienda. Los humos en el horizonte de la ciudad: las soberbias columnas contaminantes de hormigón de Ventanas, la mancha de humedad de los enfriadores de Concón, el aroma de un sucedáneo tostado que impregna la ciudad cada mañana, el despiche de vapor de esa misma y única industria, cuidada como una joya arqueológica.

Para los rigores del antropoceno tenemos las quebradas que renacen del subsuelo avenida Alemania abajo, tras un entierro de un siglo. Embancadas de basura avenida Alemania arriba, toda la línea blanca dormita su obsolescencia entre maquis, alstroemerias, puyas. El antropoceno es una mezcla de colibríes, peucos, gaviotas, graznando en medio de las embriofitas, nativas e introducidas.

También tenemos astillas de objetos. Libros que vuelven a la vida los domingos en ciertas plazas, mostrando un timbre que dice librería Orellana, el ateneo, el pensamiento, librería universitaria. Ciertos discos DI-

CAP, fragmentos de films en 35 milímetros, cajas metálicas, llaves, monedas, fotos.

En el Valparoceno

También sabemos lanzarnos desbocados cerro abajo, acelerar a lo Galileo por un plano intensamente inclinado. Estamos preparados para caídas escalonadas, para que la terraformación nos destruya varias veces.

En el antropoceno como en una casa de difuntos, no sabemos por dónde empezar. Y es comprensible que así sea. En estos tiempos en que las personas se entrenan en las universidades, sólo miran el mundo a través de las rejillas de la modernidad. Han sido criados para el gran salto adelante de los años 50, sueñan con el progreso, se explican los problemas por el crecimiento o la inflación, saben distinguir con certeza lo objetivo de lo subjetivo, los hechos de los valores, lo natural de lo artificial, lo ideal de lo material, la naturaleza de la sociedad.

No se han enterado de que Dios ha muerto y que ha arrastrado todas esas distinciones huérfanas propias de las religiones y de los pueblos monoteístas.

En Valparaíso hace ratos que ni somos un pueblo y que no tenemos a Dios. Desde los años 60 en que los curas de los cerros bautizaban niños comunistas, se retiraban para casarse o lanzaban piedras a la policía. Dejamos de ser un pueblo cuando nos allanaron las casas y nos quemaron los libros, nos pusieron boca abajo en camionetas blancas, nos estibaron en las bodegas de buques presidios de la CSAV.

En Valparaíso, casa de difuntos del antropoceno, tampoco tenemos un esquema para configurar un nuevo orden. No podemos detenernos todo el tiempo que quisiéramos en revisar las fotos, las agujas de coser, los hilos de la abuela. Nuestro consuelo es saber que por dónde empezamos, encontraremos un hilo. Sólo que es

difícil que produzcamos alguna forma de encuentro, si cada uno limpia su parcela. Está bien que un teorema a lo Fermat se resuelva al modo que se entra en una pieza oscura.

Pero hasta Andy Wiley necesitó de otros, para iluminar esa pieza. Y de alguna manera dispuso un cierto orden. En el antropoceno, teorema de Fermat sometido a una plicatoria extrema, requerimos ciertas acciones coordinadas. Diseñar y no planificar. Un atractor extraño que permita capturar el caos reinante en una dinámica de fase. Trazas conocidas por el nombre de estigmergia en lenguaje de etólogos.

Porteños del Antropoceno, estamos llamados a ser los etólogos de la nueva época, a releer nuestros textos estructuralistas de los años 60 con ojos de biólogos de campo, de historiadores naturales, de cosmógrafos o cronistas de indias.

Una ciudad sin estaciones de monitoreo de la calidad del aire, a la que el viento le parece resolver sus problemas de material particulado. Pero sin manejo adecuado de residuos. Sin siquiera poder separarlos.

Con ignorancia total de la química de los medicamentos que ingiere día, de los pesticidas que guarda con sus alimentos, de los preservantes de sus alimentos, de los detergentes que usa, de las moléculas que impregnan sus toallas, alfombras, paredes. De las nanopartículas que impregnan sus alimentos envueltos en plásticos o de los bpa de sus tupper, de la resistencia antibiótica de sus *Staphylococcus aureus* o de las cepas de *Clostridium difficile* que están seleccionando en el abuelito.

Vivir en el antropoceno no es tan fácil.

Pero al menos no podemos seguir viviendo como analfabetos de la razón antropocénica.